



gró hacerse suyas las más poderosas familias del país. Poco despues se dirigió hácia las riberas del Travancor, y al cabo de un mes, y por medio de incontestables milagros, de su dulzura, de su bondad y con el auxilio de excelentes intérpretes, tuvo el consuelo de bautizar á unos diez mil idólatras. «Era un tiernísimo espectáculo, dice él mismo en su relacion, »el ver con qué santa emulacion destruian »aquellos neófitos los templos de sus ídolos.» Desde aquí se fué Francisco á Malaca y á las islas Molucas y de Ternata, sin que fuera bastante á enfriar su celo la horrible pintura que le hicieron de las costumbres de aquellos pueblos. «No faltarán operarios evangélicos para »naciones ménos salvajes y más ricas, dice; »pero una miés que repugna á todo el mundo, »debe seguramente pertenecerme á mí.» Colmado de los más dulces consuelos interiores, y en medio de las más rudas fatigas y de los sufrimientos más crueles, escribía á San Ignacio: «Los peligros á que me veo expuesto y los »trabajos que emprendo por la gloria de Dios, »son otras tantas fuentes de espirituales gozos; »y puedo aseguraros que es tan puro, tan dulce »y tan perseverante este consuelo, que hasta »mi cuerpo se va haciendo insensible al dolor.» Uno de los cuidados principales de Francisco fué ir formando discípulos entre sus nuevos convertidos, y uno de ellos tomó á su cargo la empresa de anunciar el Evangelio en la isla de Manar. Viendo el apóstol, despues de haber hecho traducir en lengua indiana los Salmos de la penitencia, los Evangelios y un catecismo, que el cristianismo iba floreciendo entre los pueblos que él habia estado evangelizando hasta entónces, se fué al Japon (1549), que se hallaba dividido en varios reinos, subordinados todos á un emperador (Dairo). Francisco habia hecho traducir igualmente al japonés el símbolo de la fe con explicaciones.

A pesar de las malas disposiciones de este pueblo y de la tenaz resistencia de los bonzos, consiguió el Santo echar los cimientos de la iglesia del Japon, sobre todo en Amangouchi y en el reino de Bungo, donde consiguió bautizar á muchos miles de idólatras en el espacio de dos años y medio. Más adelante abrazaron el

cristianismo algunos príncipes japoneses, y en señal de su piadoso reconocimiento enviaron una embajada al papa Gregorio XIII (1502), que la acogió con extraordinaria alegría. Antes de morir tuvo Javier un vivo deseo de llevar la luz del Evangelio á la China, cuya entrada estaba severamente prohibida á los extranjeros. Despues de haber vencido increíbles obstáculos, aportó á la isla de Sancian, á seis millas del continente en la China. Aquí estaba señalado el término de los trabajos y fatigas apostólicas del heroico misionero: permaneció doce dias sin ningun auxilio, tendido sobre la costa, y murió el 2 de Diciembre del año 1552, exclamando: «¡Porque he puesto Vos, Señor, mi »confianza, no seré confundido!»

Los jesuitas continuaron la grande obra de San Francisco. El P. Nobili se presentó en las Indias, con autorizacion del arzobispo de Chandernagor, con el traje y las maneras de un brahma penitente (Sanias), evitó el contacto de los párias, y supo granjearse la confianza y afecto de los brahmas, de los cuales convirtió setenta, que fácilmente arrastraron consigo una numerosa poblacion. Esta manera de convertir, es decir, este sistema de acomodarse á los usos indiferentes del país, dió motivo ó pretexto á grandes controversias entre los jesuitas y las otras órdenes religiosas; controversias que el papa Alejandro VII (1636) decidió en parte á favor de los jesuitas. En 1587, vió el Japon estallar una violenta persecucion contra el cristianismo, cuando contaba ya en su seno unos doscientos mil cristianos, doscientas cincuenta iglesias, trece seminarios y un noviciado de jesuitas. Estos recibieron orden de salir en masa del país; pero con la proteccion de algunos príncipes lograron poder quedarse todavía en él. Apénas se hubo restablecido la calma, el indiscreto celo de los franciscanos renovó la antigua querrela, y la envidia de los holandeses respecto de los portugueses, dió, en fin, el último golpe al establecimiento del cristianismo en la isla. La persecucion que se levantó entónces regó el suelo del Japon, más abundantemente que ninguna otra parte del mundo, con sangre de cristianos. ¿No ha de ser esta sangre precioso gaje de una restauracion futura?



El deseo de evangelizar á la China sobrevivió á San Francisco en su orden. Con el ingenioso celo que da la caridad, supieron los jesuitas resolver y vencer las graves dificultades y las obstinadas preocupaciones que los chinos les oponian. Estudiaron con diligencia sus costumbres, sus caracteres y sus hábitos: y sucesivamente sabios, artistas, mecánicos ú obremos, se hicieron siempre todos de todos, con el fin de ganarlos á todos para Jesucristo. Tres jesuitas, entre los cuales se distinguió especialmente Ricci (1582-1610), pudieron penetrar en China. Mateo Ricci, hábil mecánico, logró ser recibido en la córte, y obtuvo permiso para establecerse en Canton, y más adelante en Nanking. Levantó un observatorio, y adquirió grande consideracion, de la cual se aprovechó para propagar los principios del Evangelio y conquistar para la verdad, no sólo á muchos habitantes sencillos, sino hasta á algunos mandarines. Su reputacion le abrió el camino de Pekin (1600), y le granjeó la proteccion del emperador, que le permitió edificar una iglesia, despues de haber convertido á muchos grandes de la córte. Murió en 1610 y fué sepultado con gran pompa. Cuéntase entre sus sucesores, tan activos como él, á Adam Schall, de Colonia (desde 1622), que llegó á ser presidente de una sociedad matemática de Pekin, y consiguió tambien que se le diera permiso para construir iglesias.

En 1661, los ministros del emperador, jóven aún, se aprovecharon de su menor edad para excitar un principio de persecucion contra los cristianos, y mandaron poner en la cárcel á los misioneros. A pesar de esto, los jesuitas reconquistaron el favor imperial en el reinado de Khangí, que subió al trono en 1669, y levantaron un monumento á la memoria de Adan Schall, que habia sido reemplazado por el neerlandés Verbiest. Muchas circunstancias favorables contribuyeron á aumentar entónces el favor de que ya gozaban los jesuitas: tales fueron, entre otras, las lecciones que Verbiest dió al emperador, los servicios que prestó á los chinos con una especie de cañones muy cómodos que él mismo habia inventado, y la paz obtenida entre chinos y rusos (1689) por los buenos

oficios del padre Gervillon. De este modo iba el cristianismo ganando cada dia terreno en la China; y á pesar del reducido número de misioneros, habia en ella más de veinte mil cristianos. Luis XIV envió allá un refuerzo de seis jesuitas, muy hábiles matemáticos, y en 1692, fué legalmente autorizada en el celeste imperio la predicacion del Evangelio.

En América dificultaba la rápida propagacion del cristianismo la limitada inteligencia de los indios, cuyos derechos y dignidad eran á veces puestos en duda, á pesar de las formales decisiones del papa Paulo III en su favor (1537). Por otra parte los dominicos, españoles en su mayor parte, no mostraban quizá hallarse animados del celo apostólico de los antiguos misioneros. Semejantes dificultades no arredraron á los jesuitas, inflamados aún con todo el ardor de una orden naciente. Seis de ellos, entre los cuales estaba el P. Manuel Robriga, se fueron al Brasil (1549), aprendieron con prontitud la lengua del país, y consiguieron hacer abrazar la doctrina severa y las castas costumbres del cristianismo á pueblos tan salvajes y feroces, que se comian á sus enemigos y se abandonaban á los más monstruosos excesos. En 1550 se erigió el obispado de San Salvador para el cuidado de estos nuevos convertidos. (1551). Pero la mision más importante de los jesuitas fué la del Paraguay.

Los españoles habian descubierto esta region, situada en las márgenes de la Plata, en 1516, y se habian posesionado de ella en 1536. Los franciscanos habian sido los primeros (1580-82) que habian trabajado, aunque sin resultado, en su conversion, habiendo sido más felices en la empresa tres jesuitas que llegaron á la provincia de Tucuman, en 1586. Conforme á la experiencia que tenian de los hombres y al conocimiento de la historia, resolvieron portarse como los misioneros de la edad media respecto de los pueblos germanos, identificando la conversion de aquel pueblo salvaje con su civilizacion política y la cultura del mismo país, y formando poco á poco con las parroquias cristianas del Paraguay un Estado independiente. Dióles autorizacion para ello Felipe II, rey de España (1610), con la cláusula que





habían pedido, de que ningún español podría, sin el consentimiento de los jesuitas, penetrar en las *Reducciones* fundadas por la orden. En breve formaron de sus neófitos más dóciles, operarios, artistas, labradores y soldados; les proporcionaron armas y artillería para defenderse de sus vecinos, y poco á poco fueron conduciéndolos á los hábitos regulares de la vida civil y doméstica, estando confiada la ejecución de las leyes á algunas cofradías religiosas. Los jesuitas se habían reservado el cuidado de los enfermos: sus conocimientos médicos y la ingeniosa y prudente caridad de los padres en medio de las frecuentes y peligrosas epidemias del país, les aseguraron muy pronto el imperio de las almas. Desgraciadamente se vió turbada esta prosperidad por las discusiones que se suscitaron entre ellos y el obispo Bernardino de Cárdenas (1640), y Juan de Palafox, obispo de la Puebla de los Angeles (1647). Ninguna especie de acriminación se perdonó entonces respecto de ellos, y se llegó hasta el extremo de acusarlos de no haber buscado en el Paraguay más que tesoros.

Su misión en la provincia vecina de Chiquitos no se hallaba menos floreciente que la del Paraguay: todavía deploran en aquellos países la desdichada expulsión de los jesuitas, que seguramente ha detenido para muchos siglos el curso de la civilización indo-americana.

En la historia todo se halla enlazado de una manera maravillosa. Cualquier movimiento en un sentido dado vibra siempre en todas direcciones. Por esto la lucha contra el protestantismo, las discusiones que se levantaron en el mismo seno de la Iglesia y la institución de las nuevas órdenes, excitaron un movimiento científico sumamente pronunciado. Los ataques de los protestantes dirigieron la atención hacia el dogma, del cual se ocuparon formalmente las inteligencias, no ya, como en otro tiempo, bajo el punto de vista especulativo, sino, sobre todo, bajo el respecto histórico, el más necesario en la causa contra los pretendidos reformadores. Si los jesuitas prestaron distinguidos servicios á la ciencia teológica, no fueron menos activas ni menos útiles las demás órdenes. Los dominicos españoles se envanecen, con ra-

zon, de los trabajos de Melchor Cano, famoso por sus conocimientos literarios en la universidad de Salamanca, que lo envió al concilio de Trento, donde brilló entre los sabios más ilustres (m. 1560). Los doce libros titulados *Loci theologici* son una de las obras más eminentes de este fecundo escritor, y una excelente introducción para el estudio del dogma. Encuéntrense en ella útiles investigaciones sobre las fuentes, la importancia y el uso de la dogmática, sus analogías con los demás ramos de la ciencia y la aplicación de la filosofía á la teología, y se halla toda sembrada de sólidos y vigorosos pensamientos, y de ideas originales expresadas en lenguaje enérgico y conciso.

El teólogo más sabio de la Compañía de Jesús fué, sin contradicción, Dionisio Petau (Petavio), de Orleans (1583). Sus trabajos son tan sólidos, tan completos y de tanto talento, que todo el que se dedique á estudiar la teología debe consultarlos con gran cuidado. Aparte la publicación de los escritos de algunos filósofos (Epifanes, Sinesio, Nicéforo, el emperador Juliano y Temistio), y su obra histórica y astronómica, titulada *Rationale temporum*, que forma época, sus *Dogmata theologica* excitaban en todas partes la más viva atención. Son una exposición de la verdadera doctrina profesada por la Iglesia católica en todos los tiempos, opuesta á las enseñanzas variables de los herejes, que desgraciadamente quedó incompleta por la muerte del autor (1652). Cuesta trabajo creer que haya sido suficiente la vida de un hombre para poder escribir obras tan considerables, tan concienzudas, tan exactas, y por todos conceptos tan notables. El latín del padre Petau es comunmente fácil y correcto, y su exposición clara y metódica; asocia de un modo profundo é ingenioso la historia y el dogma, y su profundo conocimiento de la filosofía platónica le permitió poner en evidencia las muchas ideas que habían tomado de Platon los Padres de la Iglesia.

En la polémica religiosa que hacia necesaria la controversia de los protestantes, se distinguieron desde Luégo á Eck, Cochloeus y Estanislao Hosio. Menos conocida es la excelente *Teología alemana* publicada por el modesto y



piadoso Bertoldo, obispo de Chiensé (lago de Chiem), en Munster, en 1528. Este tratado polémico y dogmático es una de las obras más importantes de la literatura católica alemana. Pero el más eminente de todos aquellos teólogos es, sin disputa, Roberto Belarmino, que había nacido en el Florentin en 1542: á la edad de diez y ocho años entró en la Compañía de Jesús, después de haber recibido una educación tan piadosa como sabia, cuyos gérmenes se desarrollaron y fortificaron, no permitiéndole abrazar nunca ciertos principios ligeros que estaban en boga entre algunos individuos de su orden. Severo consigo mismo hasta el exceso, infatigable para el trabajo, y no fiándose jamás de su propio dictamen, llegó á componer escritos, cuyo número y solidez no puede comprenderse más que teniendo en cuenta la vida santa y sumamente laboriosa del autor.

Después de haber predicado con distinción, enseñó con mejor brillantez aún las varias partes de la teología, y compuso una gramática hebrea, una biografía de escritores eclesiásticos muy estimada (*De scriptoribus ecclesiasticis*), y la grande y célebre obra de controversia titulada: *Disputationes de controversiis christiana fidei articulis, lib. IV*. Belarmino conoce á fondo toda la literatura protestante, las obras de Lutero, Melancton, Calvino, Beza, los Socinianos, y en general, de todos los enemigos de la Iglesia católica. Expone siempre de una manera clara é imparcial los puntos controvertidos y el estado de la cuestión; y ya vaya desenvolviendo ó refutando, su exégesis es siempre convincente y victoriosa. Abundan mucho en sus escritos las demostraciones fundadas en la tradición. Conforme al espíritu de su tiempo, traspasa algunas veces los límites de la moderación, pero es cuando se hace ya demasiado evidente la mala fe de sus adversarios: entonces se desahoga su ardiente celo por la Iglesia, y sin embargo, en comparación de los escritos de los pretendidos reformadores, su más viva polémica es extraordinariamente comedida y maravillosamente propia. Su elevación al cardenalato no fué bastante á hacerle cambiar de costumbres y de hábitos, y su vida inocente y laboriosa fué, á pesar suyo, una crítica ani-

mada de la de muchos otros altos dignatarios de la Iglesia, por cuyo motivo lo hicieron alejar de Roma, nombrándolo para el obispado de Capua (m. 1620). El libro que dedicó á su sobrino (*Admonitio ad episcopum Thean.*) prueba cuán resueltamente entró en sus nuevas funciones, así como su obra *Scala ad Deum* da á conocer los profundos sentimientos de piedad, desinterés y resignación de que su hermosa y santa alma estaba adornada.

Publicaron otras obras polémicas menos voluminosas los jesuitas Gregorio de Valencia (m. 1603), Francisco Coster (m. 1619) (*Enchiridion controversiarum nostri temp.*) y Martin Becano (*Manuale contro., lib. V*), gozando los dos últimos de grande reputación. Tampoco faltaron en aquella época buenos trabajos sobre los dogmas en particular. Los jansenistas Nicole y Arnauld se distinguieron por su defensa de la Eucaristía contra los teólogos reformados. (*Perpetuidad de la fe católica*).

Los trabajos de los gramáticos y de los lexicógrafos, como Pelicano, Reuchlin y Belarmino sobre la lengua hebrea, y especialmente los de Santés Pagnino, autor de un diccionario hebreo y de un método de interpretación de las Escrituras, y en fin, el movimiento impreso por Erasmo á las ciencias, durante este período, hicieron progresar rápida y notablemente la exégesis. El dominico Sixto de Sena (m. 1569) compuso una introducción al conocimiento de los libros sagrados, utilísima para la inteligencia del texto, á la cual contribuyeron, sobre todo, las políglotas de Amberes (1527), cuyo principal redactor fué el español Arias Montano, y las de Paris (1645), todavía más preciosas bajo el punto de vista gramatical y lexicográfico.

Sin embargo, retardáronse algo los progresos de la exégesis á causa de la mezquina noción que se tuvo de la inspiración de los libros sagrados. Mientras se consideró cada palabra de la Escritura como formalmente inspirada de Dios, debieron hallarse los comentadores muy atados y reducidos á interpretaciones sutiles, que por ingeniosas y eruditas que pudieran ser, eran con frecuencia poco verdaderas. Los primeros que se opusieron á este falso método de interpretación fueron los jesuitas





Hamel y Less, de Lovaina. Sostenían que, para reputar un libro como divino y canónico, no era necesaria una inspiración textual, ni aún la de todos los pensamientos, y que hasta se podía admitir uno que, como el segundo de los Macabeos, hubiese sido redactado por las solas fuerzas humanas, con tal que el Espíritu Santo hubiera dado más adelante testimonio de la completa veracidad del libro. Las facultades de teología de Lovaina y de Douai atacaron con razón estas aseveraciones, y los obispos de Bélgica las condenaron igualmente.

El papa Sixto V abocó el negocio á su tribunal, y retardó su decisión para dar tiempo á que se calmaran los ánimos, y se fuera abrazando la opinión moderada que había sido expuesta y adoptada por los mejores y más antiguos intérpretes de la escuela de Antioquia, como San Juan Crisóstomo, por ejemplo. Al mismo tiempo aparecieron entonces un gran número de exegistas católicos, cuyos trabajos se opusieron felizmente á las interpretaciones exclusivas y particulares de los luteranos y de los reformados. El cardenal Cayetano se había ocupado casi toda su vida en el estudio de la Escritura Santa, y sus ingeniosas y atrevidas explicaciones acreditan un verdadero tacto exegético. Fueron, sin embargo, criticadas, especialmente bajo el punto de vista filológico, entre otros, por Melchor Cano. En tiempo de Francisco I, hizo Vatablo (m. 1547) una nueva traducción de la Santa Escritura, con breves notas, que ha sido reimpressa muchas veces á causa de su claridad y concisión. El célebre crítico Ricardo Simon, considera como una obra maestra de comentario histórico y gramatical el de Josué, por Andrés Masio, uno de los colaboradores de las Políglotas de Amberes, exegista de tanto talento como Cayetano, pero más sólido aún por sus conocimientos filológicos. El Cardenal Sadolet, obispo de Carpentras (muerto en 1547), después de haber publicado varias obras filosóficas, y trabajado para reunir las diversas confesiones protestantes, se encontró por esto mismo en disposición de publicar un comentario de la Epístola de San Pablo á los romanos, de la cual sacaban sus principales argumentos los reformadores. Este comentario,

en forma de diálogo y de un estilo ciceroniano, tuvo entonces un éxito extraordinario. Otro cardenal, Gaspar Contareni (m. 1542), se fijó principalmente en los comentadores griegos, y publicó unas glosas muy notables sobre las Cartas de San Pablo. Claudio de Espence, doctor de la Sorbona (m. 1571), supo decir en sus excelentes comentarios útiles verdades á los papas, á los obispos y á todo el clero en general. Jansenio, obispo de Gand (m. 1576), que parece haber abierto el camino á los jesuitas Hamel y Less, se distinguió por una *Armonía de los Evangelios* muy apreciable. El jesuita Santiago Bonfrère, profesor en Douai (m. 1643), escribió un comentario del Pentateuco, muy buscado aún en nuestros días, y Ribera, también jesuita, otro comentario muy bueno sobre los doce profetas Menores y la Epístola á los hebreos, ménos apreciado, no obstante, que el de Cristóbal Castro. Los de Pineda, sobre Job, y de Gaspar Sanchez (m. 1628) sobre la mayor parte de los libros del Antiguo Testamento, son demasíadamente prolijos. Entre los de Cornelio Alápide (m. 1637), quizás demasiado difusos á causa de sus explicaciones alegóricas y místicas, merecen la preferencia los del Pentateuco y las Cartas de San Pablo; sin embargo, todos los comentarios de este autor, son y serán siempre notables por las magníficas ideas tomadas de los Santos Padres con que Cornelio los enriqueció. El P. Mersenne, de la orden de San Francisco de Paula, es enteramente original en sus célebres cuestiones sobre el Génesis, en las que acredita extraordinario saber matemático, aunque ignorando las leyes de la gravedad del aire y el estado general de las ciencias físicas en su tiempo, combatió el sistema de Copérnico, canónigo de Frauenburgo (m. 1643). La conducta de Roma con respecto á Copérnico y Galileo (m. 1638), conducta que fué la de los protestantes de entonces, ha sido por fin explicada bajo su verdadero punto de vista, y vengada de las insignes calumnias inventadas por los enemigos de la Iglesia. Las explicaciones más compendiadas de toda la Escritura Santa que escribieron los jesuitas Tirini y Estéban Menochio (m. 1655), gozaron de gran favor y estuvieron en uso por mucho tiempo. Es menester



no olvidar tampoco los comentarios de Francisco Toledo sobre los Evangelios de San Lucas y San Juan, y la Carta á los romanos; las cuestiones y disertaciones de Alfonso Salmeron (m. 1585); sobre casi todas las partes del Nuevo Testamento, y los comentarios del jesuita Lorin (m. 1634) sobre algunos del Antiguo, los Hechos de los Apóstoles y las Epístolas católicas.

Todos estos trabajos no son, sin embargo, comparables con los de otros tres exegistas notabilísimos, de los cuales los dos primeros se consultan aún en nuestros días con gran provecho, y el último, aunque ménos conocido, lo merece tanto como ellos. Son los siguientes:

1.º El P. Maldonado, jesuita, que nació en Extremadura en 1534. Sumamente versado en el conocimiento del griego y hebreo y de la historia, primero enseñó filosofía y teología en París. Llamaron especialmente la atención sus lecciones sobre los cuatro Evangelios, impresas por la primera vez en Pont-à-Mousson, en 1590. Como en otro tiempo el nombre de Abelardo, el de Maldonado atraía tanta gente á sus lecciones, que no pudiendo contener la sala del curso á la multitud de oyentes, se vió obligado á enseñar al aire libre. Murió en Roma en 1583, después de haber estado encargado por el papa Gregorio XIII de una nueva edición de los Setenta.

2.º Guillelmo Estio, canciller de la universidad de Douai, que atrajo también, como Maldonado, un prodigioso concurso de oyentes por el talento con que comentó los pasajes más difíciles de la Escritura, y sobre todo las Cartas de los Apóstoles. Ménos versado que aquél en historia y en filología, tiene, sin embargo, más penetración que él, y expone mejor el enlace de las ideas de los escritos apostólicos.

3.º El P. Justiniani, igualmente jesuita, autor de un comentario de las Cartas de San Pablo (Lugd., 1611-14, 3 t. en fól.), que por las sabias paráfrasis, las brillantes disertaciones y su concienzuda erudición, es colocado siempre al lado de la obra de Estio, y lo hacen digno de una atención que hasta el día no se le ha concedido.

En fin, es preciso mencionar aquí las numerosas traducciones en lengua nacional

que en esta época aparecieron. En Alemania tradujo Emser el Nuevo Testamento (1527), Dittenberger (1534) y Bek (1537) toda la Sagrada Escritura, lo mismo que Ulenberg (murió 1617), cuya traducción fué muy aplaudida. En Polonia el jesuita Jacobo Wujek tradujo toda la Biblia, y en Francia, Veron y otros.

Respecto de los trabajos históricos, tuvieron los católicos que dedicarse mucho á ellos, á causa de la pretensión de los protestantes de querer restablecer la Iglesia, bajo el punto de vista doctrinal y disciplinal, en la pureza de los tiempos apostólicos y de los primeros siglos de la era cristiana. Los historiadores católicos de la época, Baronio, su continuador Pallavicini, Richer y otros, y Pedro de Marca (m. 1662) en derecho eclesiástico, son testimonios vivos del movimiento y del espíritu de que estaba animada entonces la Iglesia.

En fin, las obras ascéticas, en que los más ilustres sabios se ocuparon al mismo tiempo que de sus demás estudios, con el fin de animar al clero que se estaba formando entonces, fueron otro de los postreros frutos del feliz influjo de la Edad Media en la literatura católica. Citaremos tan solo los Ejercicios espirituales de San Ignacio (*Exercitia spiritualia*), que conservaron en la Compañía el piadoso hábito de la meditación; los trabajos de San Carlos Borromeo (*Instruktionen confessorior. et concionator.*); los de Valerio Agustín (*Rhetorica ecclesiastica, lib. III*); los del dominico Luis de Granada (*Rhetor. eccl.*), y sobre todo, los sermones de los célebres predicadores de la época: en Italia, Clario, obispo de Fuligno, y Cornelio Musso, obispo de Bitonto; en el reino de Nápoles, Carlos Borromeo (m. 1574), y el jesuita Segneri (m. 1694); en Francia, Simon Vigor, arzobispo de Narbona (m. 1575), el jesuita Claudio de Lingendes (m. 1666), y su pariente Juan de Lingendes, Francisco Ferault, del Oratorio (m. 1670); en España, Luis de Granada, y en Polonia, Pedro Skarga. Por último, excitáronse y alimentáronse entonces la piedad, la devoción y el espíritu religioso de los pueblos con las reimpressiones y nuevas traducciones de los escritos de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales y el venerable Luis de